

ANA RUIZ GUTIÉRREZ: LAS APORTACIONES ARTÍSTICAS DE FILIPINAS, EN HISTORIA DEL ARTE EN IBEROAMÉRICA Y FILIPINAS. MATERIALES DIDÁCTICOS. III. ARTES PLÁSTICAS. SERIE MAYOR. MANUALES. SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, 2005.

El relevante papel que jugaron las artes plásticas en el proceso de formación del archipiélago filipino, está íntimamente vinculado con la aparición de la ruta transpacífica del Galeón de Manila desde el año 1565 y hasta 1815. No obstante su análisis ha de prolongarse hasta el fin de la presencia española en las islas en 1898, ya que serían numerosos los episodios de intercambio que se producirían en esos últimos 83 años.

Al hablar de las aportaciones artísticas del archipiélago filipino debemos dirigir nuestra atención a la época de mayor esplendor que conocieron las islas, coincidentes con el establecimiento de la línea del Galeón de Manila, también conocido como la Nao de China. Filipinas no era un territorio rico en piedras preciosas ni en oro, a diferencia de otras posesiones españolas, pero en cambio era un enclave privilegiado en cuanto a su situación estratégica en el Pacífico, en el que confluían algunas rutas comerciales del sudeste asiático.

Este intercambio al que se encontraba expuesto el archipiélago, a partir del siglo XVI no se limitó exclusivamente a la presencia de lo asiático. La inserción de Filipinas en la ruta más amplia que unía a éstas con España a través de América, repercutió en el enriquecimiento de las influencias a las que se vieron expuestas. Durante más de trescientos años el Galeón de Manila fue una prolongación de la ruta de la Carrera de Indias que garantizaba el contacto comercial entre América y Europa. En ese sentido, Acapulco acaparaba la llegada de productos desde Asia y a través de la ruta interior que la comunicaba con la ciudad de Veracruz, éstos se incorporaban al conjunto de puertos caribeños que abastecían los mercados del Viejo Continente.

Todo ello nos lleva a plantearnos la cuestión de cuáles fueron los intereses españoles en las islas, teniendo en cuenta el coste tan elevado que suponía su mantenimiento, lo cual no hubiera sido posible sin la aportación de recursos humanos desde Nueva España. En primer lugar no debemos olvidar que la comunidad religiosa consideraba necesario continuar con la labor catequizadora iniciada en el Nuevo Continente, no tanto en el archipiélago Filipino como en la vecina China, para lo cual arribaron a las islas, que eran el perfecto trampolín para su aventura asiática, aunque

ésta, a pesar de las constantes incursiones de los misioneros españoles nunca se hizo realidad.

En segundo lugar, la nueva ruta creada por el gobierno del Galeón de Manila, aunque no pretendía, como hemos comentado antes, explotar económicamente los recursos inexistentes del archipiélago, si fue un medio indispensable para el enriquecimiento de las arcas españolas gracias al comercio de objetos exóticos orientales que estaban tan de moda en Occidente, y de los vecinos de Filipinas, concretamente de Manila, pues estaba estipulado por ley que los únicos que podían desembarcar las mercancías eran los que habitaban allí, oriundos o no, siempre que llevaran un tiempo de unos diez años en la islas, para evitar la picardía de los comerciantes.

La importancia del Galeón de Manila va más allá del nuevo medio en el que se convirtió de intercambio de productos de primera necesidad y objetos artísticos, ya que permitió difundir la religión católica gracias a los contingentes de misioneros que llegaron desde el comienzo. La evangelización del archipiélago fue iniciada por los agustinos en 1565, ya que el descubridor de la tornavuelta, viaje de regreso desde el archipiélago a América por el Pacífico, Andrés de Urdaneta, pertenecía a esta orden. Fue continuada por los franciscanos en 1578, que no se limitarían a la simple evangelización de Filipinas, sino que lo intentaron en China, lo que les costó el martirio de aquellos que encabezaron las distintas expediciones. Posteriormente se les unieron los jesuitas en 1581, y en 1587 los dominicos, incorporándose en 1606 los agustinos recoletos. La labor misional fue llevada a cabo por un alto número de religiosos, siendo aproximadamente 2830 agustinos, 2694 franciscanos, 2318 dominicos, 1623 recoletos de San Agustín y 718 jesuitas.

Las cinco órdenes eclesiásticas tenían en Manila su convento principal, donde vivían los religiosos de cada congregación, desde donde irradiaron la evangelización a todo el archipiélago creando sus Provincias religiosas. La de los agustinos se llamaba del Santísimo Nombre de Jesús, la de los franciscanos era la de San Gregorio Magno, y por último la de los dominicos denominada del Santísimo Rosario.

No sólo fue la influencia religiosa primordial en la formación de un arte filipino autóctono, sino que el origen asiático de los objetos, preferentemente de China y Japón, que viajaban en las naves que llegaban principalmente a Manila, incentivó a que muchas de las piezas elaboradas en Filipinas tuvieran un alto componente orientalizante que veremos más adelante en el análisis de las mismas. De hecho los artesanos que

ejecutaban los encargos españoles desde el inicio de la presencia española en Filipinas fueron chinos, conocidos como sangleyes. El término se piensa que procede o bien de la expresión china *shanglai* “los venidos a comerciar”, o del término *sengli*, que significa “comercio” en el dialecto minnanhua de Fujian. También pudiera derivar de la expresión china *changlai*, es decir, “los que vienen con frecuencia”.

1. LA DIFUSIÓN DE LOS MODELOS. LOS GRABADOS

Los sangleyes imitaban las formas que veían en los grabados y estampas que llegaban de manos de los misioneros españoles aunque adaptándolas a una estética eminentemente asiática.

Pronto estos grabados se comienzan a realizar en la ciudad de Manila gracias a la implantación de la imprenta en fechas tan tempranas como 1581. De hecho, pronto vieron la luz obras de carácter religioso para la evangelización masiva que se pretendía llevar a cabo, pero también se interesaron por la cultura indígena, ejemplo de lo cual es el impreso de *Arte y vocabulario de la lengua tagala*, del agustino Fray Juan Quiñónez de León, que se publicó en ese año. El primer libro destinado a la evangelización propiamente dicha fue la *Doctrina Cristiana*, escrita por Fray Domingo de Nieva y Fray Juan de Cobo, en lengua tagala y china, publicado en 1593. Poco a poco fueron apareciendo diversas imprentas pertenecientes a las órdenes religiosas que allí se encontraban, siendo una de las primeras la de los dominicos fundada en 1602 e instalada en el entonces colegio de Santo Tomás más tarde erigido en Universidad.

Como decimos, desde un principio estos impresos estaban destinados a la evangelización, traduciendo en lengua tagala y china los evangelios, lo que permitió a los religiosos entenderse con los nativos del archipiélago. Progresivamente se fueron insertando otros detalles que complementaban el libro a nivel estético, como la utilización de los grabados, que a la vez aportaban un criterio pedagógico importante.

Los grabadores más destacados fueron los hermanos Correa y Nicolás de la Cruz Bagay junto con Laureano Atlas, el cual destacó entre otras obras por la estampa que representa el *Aspecto simbólico del Mundo Hispánico*, de 1761 en la obra de Vicente Memije, que comentaremos en la selección de obras.

Podemos por tanto concluir que la gran mayoría de las manifestaciones artísticas que vamos a analizar a continuación parten de un fuerte carácter religioso incorporado a la estética asiática mayoritaria en el tráfico artístico del Galeón de Manila.

2. PINTURA

El estudio de la producción pictórica en las islas Filipinas a lo largo del período de la presencia española requiere de un ejercicio de síntesis, tanto por los ejemplos dispersos que se pueden aún encontrar, como por la necesaria reducción a características generales de los escasos testimonios que existen de determinadas épocas. La imposibilidad de llevar a cabo un análisis exhaustivo de las mismas, nos hará dividir este recorrido en dos campos bien diferenciados, la pintura de interiores, en la que encontraremos tanto ejemplos sobre pared como madera, y la pintura propiamente de caballete de la que se tiene un repertorio discontinuo desde los primeros años y hasta el siglo XIX.

Se trata de una producción que al igual que en la arquitectura ha visto diezmados los referentes llegados a nosotros tanto por catástrofes naturales como por la acción del hombre, por lo que trabajaremos con ejemplos que gracias a sucesivas restauraciones han pervivido hasta la actualidad.

2.1. LA PINTURA DE INTERIORES

No son pocos los autores que señalan el carácter religioso de la pintura filipina hasta el siglo XIX, en clara alusión a su función como instrumento adoctrinador que jugaría desde los primeros momentos de la presencia española. En este sentido, las decoraciones de los interiores de iglesias se convertirían en uno de los capítulos más interesantes de los que por desgracia nos han llegado pocos ejemplos, en algunos casos gracias a sucesivas restauraciones o reelaboraciones que nada tienen que ver con sus iniciales programas.

En líneas generales podemos decir que la tendencia pictórica en los interiores de iglesias filipinas es a ocupar toda la superficie. Los motivos decorativos tienden a crear programas unitarios que tienen por objeto recrear grandes escenografías, claro complemento a los desarrollos de la liturgia en estos interiores.

En uno u otro caso se copiaron los modelos que llegaban desde América y España a través del galeón, para lo que se emplearon en algunos casos lienzos que funcionaban como referente visual directo, tanto compositivo como cromático, además de los grabados que al ser en blanco y negro dejaban mayor libertad al artista para

adaptar cada uno de los elementos al gusto, técnica, fantasía y tradición de la isla. En este aspecto, de nuevo tenemos que tener en cuenta, que parece ser que los primeros en ser los elegidos para adaptar estos motivos a los interiores filipinos, básicamente por su capacidad de trabajo y de asimilación de los nuevos elementos, serían los sangleyes. A éstos los sustituirían los filipinos que acabarían definiendo una escuela en la que las características pictóricas se definirán por su frontalidad, estatismo y una expresividad ciertamente medieval en la que importará más lo que se representa que el cómo se hace.

Desde un punto compositivo debemos hablar de la creación de verdaderas *quadraturas*, que ocuparan tanto las paredes, techos y bóvedas de las iglesias como solo los paramentos verticales, definiendo espacios que serán ocupados por todo un repertorio iconográfico cristiano destinado al adoctrinamiento del fiel. Los edificios con cubiertas de madera ofrecen una mayor continuidad en el elemento decorativo, mientras que los escasos ejemplos en los que se puede percibir un interior de fábrica, la articulación del mismo favorece composiciones compartimentadas no solo pictóricamente sino también de un modo físico.

Los ejemplos que podemos destacar en pintura decorativa son los de la iglesia de San Agustín en intramuros, siendo ejecutado el proyecto por los escenógrafos italianos Giovanni Alberoni y Cesare Dibella en el siglo XIX, siguiendo la técnica del *trompe-l'oeil*, que se refiere a la ilusión óptica creada de modo que parezca real lo que esta simplemente pintado.

Ejemplos de techumbres en madera los podemos encontrar en la iglesia de San Miguel en Argao, construida en 1738 y en la que hallamos una magnífica bóveda decorada con escenas de la Biblia o la de la iglesia de Bolhoon, en la isla de Cebú, en la que se pueden apreciar las maderas de la bóveda en las que se ha aplicado la decoración.

2.2. LA PINTURA DE CABALLETE

La producción pictórica procedente de los primeros siglos de la presencia española en el archipiélago es muy escasa. De hecho sólo se tiene registrada una pintura del Santo Niño de Cebú depositada en el Museo de América. Aunque esto no quiere decir que no se transportaran pinturas en los galeones que hacían la ruta transpacífica, sí nos hace reflexionar, al igual que en el apartado anterior, sobre el estado de conservación en el que nos han llegado, ya que el material que se utilizaba en su elaboración era generalmente pergamino.

Con respecto a la localización de este tipo de pinturas en los listados del registro de los cargamentos del Galeón de Manila conocemos ejemplos como la existencia de envíos ya tardíos realizados en el siglo XVIII, para el Real Gabinete de Historia Natural desde Filipinas, por orden de Carlos III para tener un mayor conocimiento del arte y otras disciplinas que se realizaban en este archipiélago.

Ya en el siglo XIX, la producción se reguló con la creación de la Academia de Dibujo y Pintura en 1821, cuyo devenir no es más que el reflejo de la convulsa historia de Filipinas y que acabó repercutiendo en la producción pictórica del país. Cerrada en 1834 por falta de fondos, volvió a abrir sus puertas en 1849 con la llegada de profesores de España, facilitando la entrada de influencias europeas que acabaron por implantarse en la producción de cada uno de los pintores que se formaron en la misma.

La pintura filipina se abrió a todos los campos que le ofrecían la posibilidad de reflejar todos y cada uno de los aspectos del país. La temática religiosa, la popular o costumbrista, el retrato, o el bodegón entre otros, destacando en este último género y en la pintura laica artistas como Lorenzo Guerrero, Felipe Roxas y Félix Martínez entre otros.

Los artistas filipinos trabajaron el óleo y la acuarela, existiendo algunos casos en los que prodigaron las pinturas murales en las que se emplearon técnicas como la del trompe-l'oeil, como prolongación de esa producción propia de los espacios religiosos y que se ha comentado en el apartado anterior.

Entre los grandes pintores filipinos enfatizamos la figura de Félix Resurrección Hidalgo y Juan Luna y Novicio, quienes estudiaron en España y triunfaron en la Exposición de Bellas Artes que se celebró en Madrid en 1884. Este último ganó la medalla de oro en dicha exposición y destacó sobre todo por su producción de pintura histórica. También hizo retratos, practicó el paisaje, realizó escenas costumbristas y temas religiosos. Las tendencias socialistas y el tema del trabajo y los trabajadores se dejaron ver en su producción.

Fue en este momento cuando después de la epidemia de cólera de 1882, se fundó en Manila el asilo de Santa Rita para niños huérfanos, a los que se proveía de manutención, educación y enseñanza. Para esto último contaba con talleres de escultura, cerámica, pintura y modelado. En 1892 la escuela fue trasladada a un edificio más amplio, donde los agustinos enseñaban letras, pintura, dibujo, escultura, modelado, impresión y encuadernación, ésta fue la primera escuela de artes y oficios de Filipinas quemada en las revueltas independentistas de 1898.

3. ESCULTURA

Sin duda dentro del conjunto de las artes plásticas filipinas va a ser en el campo de la escultura donde se conserven los ejemplos más bellos y reveladores del arte filipino, destacando la escultura en marfil por su delicada talla, aunque no nos podemos olvidar de los ejemplos de escultura en madera, tanto la exenta como los conjuntos retablisticos.

Una de las primeras imágenes que inspiraron modelos posteriores va a ser la encontrada por Legazpi en 1565 cuando se establece en la isla de Cebú. Se trata de la conocida como Santo Niño de Cebú, escultura que llevaron los expedicionarios al mando de Magallanes. Su hallazgo se consideró por tanto un hecho milagroso, ya que se había conservado durante todo este tiempo, al cuidado de los habitantes de la isla.

3.1. ESCULTURA EN MADERA

Este tipo de esculturas ejecutadas en madera fueron realizadas exclusivamente por filipinos, lo que condicionó considerablemente su calidad final. La variedad de maderas que se utilizaron para la elaboración de los santos filipinos, como se conoce a la imaginería del archipiélago, se clasifican formalmente en tres estilos, según Zóbel de Ayala: el popular, el clásico y el adornado.

El estilo popular se caracteriza por esculturas realizadas por artistas no profesionales. Gente que necesita de unas imágenes devocionales domésticas para rezar en sus hogares, lo cual determina que sean ellos mismos quienes directamente hagan estas obras. Se enfatiza la iconografía por encima de la forma. Éstas tienen bastantes limitaciones por ser composiciones rígidas y de pequeño tamaño. Se utiliza la madera blanda, normalmente policromada por artistas distintos a los escultores, con colores intensos, como el morado, el amarillo, verde y rojo. En algunas ocasiones nos vamos a encontrar pequeñas esculturas metidas en unas botellas a modo de pequeño altar, propias de las clases populares, que se denominaban *virinas*.

El estilo clásico es más sofisticado en apariencia, llegando incluso esta misma clasificación a ser aplicada también a los marfiles. Este tipo de escultura intenta potenciar la materia y se realiza bajo la influencia del barroco europeo, pero con algunos motivos decorativos de influencia china, sobre todo en las proporciones, el uso del

drapeado, etc. Se utiliza madera dura o media, y normalmente las manos y la cabeza se tallan separados del cuerpo y luego se unen. También aparecen dentro de este estilo relieves para decorar los retablos, inspirados en modelos de grabados europeos.

El tercer estilo es el adornado. Éste corresponde al siglo XVIII, y durante esta etapa aparecen una serie de figuras de vestir, generalmente con el cuerpo de madera y las manos, rostro y pies de marfil, realizadas con madera blanda, y adornadas con pelucas, ojos de cristal, etc. Para la decoración de los santos, a veces se usaba el estofado tal y como se hacía en España, pero la aplicación de la policromía no siempre fue la correcta, porque en muchos casos se realizaba en crudo, sin estucado o preparación previa, y al ser en ocasiones un soporte escultórico de poca porosidad, los pigmentos no penetraban en la materia, con lo cual ante los cambios térmicos esa capa pictórica se ha perdido prácticamente en su totalidad.

Además de los santos, la necesidad evangelizadora hace que se creen una serie de objetos litúrgicos para adornar las iglesias católicas pero con un sentido no solamente decorativo sino eminentemente didáctico, para que a través de estas imágenes los “infielos”, como se les llamaba en las islas a los no bautizados por el sacramento cristiano del bautismo, pudieran conocer y aprender el mensaje bíblico.

A partir de aquí en todas las iglesias podemos encontrar santos del estilo clásico e incluso ejemplos de España y México que llegaron a través del Galeón de Manila, principalmente en el interior de retablos del XVII y XVIII de estilo barroco y con una fuerte influencia oriental en los remates, aunque desgraciadamente los desastres naturales y las guerras han destruido la mayoría, perdurando en la actualidad las réplicas que se hicieron para sustituir los originales. Afortunadamente aún podemos contemplar excelentes ejemplos del setecientos en la Iglesia de San Agustín, una de las pocas que permanece impertérrita en el centro de Intramuros, evocándonos que este espacio fue el germen del asentamiento español en Manila.

3.2 ESCULTURA EN MARFIL

Muy pronto los sangleyes comenzaron a tomar referentes de las imágenes que llegaban a Filipinas, aunque modificando el material en el que trabajaban. Tallaban en marfil en lugar de en madera, lo que condicionó la pieza en cuanto a movimiento, detalle y estatismo.

Además tomaron las historias bíblicas que predicaban los sacerdotes, para reinventar la imaginería cristiana aportándoles matices orientales, surgiendo así unas imágenes de vírgenes parecidas a las deidades femeninas de Kuan Yi e incluso la imagen del Buen Pastor como la representación de la primera meditación de Buda.

El marfil llegó a Filipinas fundamentalmente desde África e India, fundamentalmente. Los galeones de Manila transportaban los colmillos de elefante a Acapulco, introduciendo así este material a los escultores americanos, en un momento en el que incluso el mismo se extenderá por Japón para la realización del *netsuke*, especie de tope que se utiliza atado a un cordón para suspender de la cintura todo tipo de pequeños objetos tales como la bolsa de monedas, la pipa de fumar, etc.

Hay que aclarar que fueron los chinos los que iniciaron la producción de imágenes con iconografía cristiana a mediados del siglo XVI para los portugueses en Macao o Cantón. Cuando los españoles en 1565 llegaron a Filipinas comenzaron a comerciar con los mercaderes chinos de las costas de Fujian, mostrándoles para realizar las tallas grabados europeos, de tal forma que los primeros marfiles procedían directamente de China hasta que pronto se formó la colonia china de Manila, los conocidos como *sangleyes*, que iniciaron la producción de objetos en manos chinas pero en suelo filipino.

La realización de estas esculturas de marfil por parte de los *sangleyes*, les daba a estas singulares piezas un particular aspecto orientalizador, normalmente traducido en los ojos achinados de gruesos párpados superiores, narices achatadas en el extremo en dos gruesas aletas, pequeños pliegues en el cuello y los pies más rechonchos, a la par que la aparición de nubes voluptuosas y redondeadas en las peanas, una influencia que se aprecia sobre todo en las obras del siglo XVI y principios del XVII.

Más avanzadas cronológicamente, en los siglos XVII y primera mitad del XVIII, aparecen piezas con rasgos occidentalizantes que se aprecian en el excesivo movimiento de sus vestiduras, las fosas nasales perfiladas, desaparecen los ojos tan rasgados y aparecen con mayor policromía.

A finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, se comienzan a superponer elementos como las pelucas, ojos de cristal, bordados, excesiva coloración de los labios en color carmín, etc; para darle una mayor sensación de vida, a lo que se suma el hecho de que aumente el tamaño de las esculturas.

Finalmente también se aprecia la influencia de la escultura andaluza, centrada principalmente en la obra de Juan Martínez Montañés, que pasó a Nueva España y de

ahí a Filipinas, donde encontraremos imágenes de Niños Jesús sorprendentemente parecidos a los de este escultor, principalmente del que se conserva en el Sagrario de la Catedral de Sevilla.

La temática que se representa en estas piezas de marfil hispanofilipinas, está íntimamente relacionada con la iconografía cristiana. El crucificado es el principal de ellos, ya que es el eje de la fe católica. Muchos aparecen en el momento de la Expiración, con los brazos extendidos en horizontal sobre la cruz y cubiertos por un paño de pureza que o bien se sujeta con un pliegue remetido en medio de la cintura o se realizan como una especie de delantal sujeto por dos moñas a los lados. Sus modelos pudieron ser los grabados flamencos de Martín de Vos.

El modelo de los Cristos Moribundos, también muy abundantes en la eboraria filipina, habitualmente son de talla fina y delicada, con la cabeza baja y sin corona de espinas, mostrando una fisonomía más delgada que los expirantes y un desnudo más tenue. Su paño de pureza difiere según el ejemplar, pero habitualmente presentan la clásica decoración con color dorado cobrizo. En algunos casos las cruces se decoran con enconchados o mejor dicho con el *makie* japonés, que es de donde se piensan vienen estas cruces que quizás fueran realizadas por japoneses asentados en Filipinas.

Una de las manifestaciones de Cristos más populares fueron las virinas, palabra procedente del término español vitrina, realizadas con figuras muy delgadas, con pelucas y demás ornamentos, metidos dentro de un recipiente de cristal.

El arte filipino repudia lo sangriento y la violencia, evitando por ejemplo numerosas representaciones de Calvarios, y si se representan lo hacen solo con Cristo, la Virgen y San Juan. En cambio las figuras marianas en marfil constituyen uno de los apartados más interesantes de la historia del arte filipino. Aparecen distintas advocaciones, destacando generalmente la de la Virgen con el Niño o la Inmaculada, en las que sobresale la policromía de sus mantos.

En general todas las imágenes marianas presentan el entalle que recoge hacia la espalda los vuelos del manto por detrás, cuya interpretación más o menos esquemática depende de la cronología en la que se documente la pieza. El tipo iconográfico mariano más interesante es del siglo XVIII: son Vírgenes cubiertas por un corto velo separado del rostro hacia atrás, cuyos mantos se enrollan a sus cuerpos de forma angulosa y cubren su superficie de motivos florales.

La representación del Niño Jesús tiene en general carácter devocional debido a la escasez de noticias evangélicas sobre la infancia de Cristo. Fue un tema muy querido en

el barroco que vio en la niñez desvalida del Salvador uno de los motivos de meditación, frecuente en la mentalidad contrarreformista.

El Niño en pie como Salvador del Mundo quizá tuvo su origen en la devoción al Niño de Cebú, pero en su evolución posterior presenta una clara influencia del Niño del Sagrario montañésino, del que llega una copia a Ternate, en Filipinas, desde Acapulco en 1663.

La interpretación del Niño Jesús dormido o de cuna, desnudo o vestido, con los ojos abiertos o cerrados, generalmente sin pelo y rollizos, fue más común en el área portuguesa y su influencia llegó a Filipinas a cuyo arte corresponden piezas de extraordinaria belleza encontradas en España.

Sin duda el santo que aparece con mayor énfasis es San Miguel, al ser símbolo del triunfo de la Iglesia sobre la herejía. Junto a él destaca San Sebastián como santo sanador contra la peste, lo que propició que apareciera en la eboraria filipina, San Juan Evangelista con su tradicional iconografía tomada de modelos europeos con un vestido de pieles y un cordero a sus pies. Incluso Santiago Matamoros, gozó de una gran veneración en Filipinas, pues simbolizaba la protección contra los piratas musulmanes que siempre amenazaban a los cristianos.

También son muy comunes las representaciones de los santos de las distintas órdenes religiosas que se asientan en Filipinas, siendo innumerables las de San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio de Antioquia, etc. Son muy bellas igualmente las representaciones de Santa Rosa de Lima, con hábito de dominica y corona de espinas.

La escultura hispanofilipina no domina el arte de la composición por lo que es raro encontrar grupos de figuras exentas antes de finales del XVII y XVIII, cuando se occidentaliza la eboraria filipina, apareciendo conjuntos de Sagradas Familias y algunos belenes. Otras obras de gran interés son los trípticos o altarcillos con relieves en los que se muestran los temas más complejos en la interpretación doctrinal y en la consecución de sus composiciones. Estos temas abarcan desde los evangélicos como el Nacimiento y otros, hasta el Juicio Final, pasando por los de contenido teológico como la Trinidad o el de Barca de la Iglesia.

En esta tipología de tallas hay que destacar las esculturas que llevan marfil en su composición pero solo en algunas zonas, por un lado se emplea la madera con rostros, manos y pies de marfil y por otro las imágenes de vestir, aspecto que ya hemos comentado en el apartado de la escultura en madera.

En las imágenes de vestir, que precisamente fueron las primeras que se realizaron en Filipinas, destaca la Virgen del Rosario de los dominicos de Manila. La técnica debió continuar limitada a la obtención de figuras procesionales, como es el caso de un nazareno que se encuentra en el Musée de la Picardie en Amiens (Francia).

Un último capítulo que podríamos incluir dentro de este apartado lo constituyen los relieves de interiores y en fachadas, con figuras de santos, cristos, niños Jesús, vírgenes y escenas de los evangelios y de la tradición católica. Destacaron como complemento a los retablos interiores y en muchos casos sirvieron para explicar cada una de las etapas del Vía Crucis. Realizados en piedra, tampoco son extraños los de material coralino o volcánico, como exponentes claros de las tradiciones locales.

4. ARTES INDUSTRIALES

No debemos olvidar la presencia de las artes menores en el arte filipino, ya que estas evidencian otro ámbito de la evangelización de un territorio a través del arte, mediante ternos, cálices, y en definitiva todo lo que los misioneros españoles necesitaban para catequizar a los indígenas.

4.1. BORDADOS

El continente asiático no sólo fabricaba excelentes sedas, sino que además las adornaba con una gran diversidad de bordados, propios de las prendas de exportación, puesto que para la población china, era impensable adornarse con sedas tan coloristas y llamativas.

En un primer momento estos implementos se fabrican en Cantón, predominando la seda bordada y las piezas de vestidos bordados. Estas se transportaban a Manila, desde donde se extendían al continente americano y a la metrópoli. Con el tiempo los comerciantes chinos se establecieron en San Fernando (Filipinas), desde donde se centralizó el mercado de la seda bordada hacia Occidente.

No en vano realizan encargos los numerosos misioneros españoles que están ubicados en Filipinas, dando lugar a la aparición de casullas, dalmáticas, capas pluviales, etc., bordadas con escudos de las diferentes órdenes religiosas. Los bordadores chinos no pudieron abarcar toda la producción por lo que es muy probable que enseñaran la técnica a los filipinos, que con el tiempo realizarían un bordado más

grueso, voluminoso y tosco característico y resultado del cambio de los hilos para bordar las sedas. En la actualidad los siguen realizando las experimentadas manos de las bordadoras filipinas.

Los ejemplos más significativos de las producciones bordadas en seda van a ser fundamentalmente los ornamentos litúrgicos vinculados a la doctrina cristiana y los mantones llamados de Manila, sin duda con matices más populares.

4.2. ORFEBRERÍA

Por lo que respecta a la orfebrería es un campo aún desconocido del arte filipino no sólo por la dificultad en su localización y documentación, sino además por la similitud estilística con piezas novohispanas.

Las mínimas referencias a un gremio de plateros en Filipinas nos provocaban interrogantes sobre los artesanos y el origen de las piezas, aunque existen documentos reveladores con respecto a este tema, como el *Informe acerca de la conveniencia o no de la expulsión de los sangleyes chinos, que residen en Filipinas*, redactado el 20 de junio de 1682 en Manila, en el que se comenta lo siguiente: “(...) *Todo lo que trabajan es comendado y entregándoles por delante la plata, no por cuenta sino pesada, y las obras que hazen (excepto Philigranas) demas de ser tosquísimas. Entre los indios ay mui buenos Plateros [...] ala Philigrana la hazen más delicada primorosa y firme*”.

Es evidente por tanto que aunque los sangleyes iniciaron este oficio fueron los filipinos nativos lo que lograron una mayor perfección en técnicas como la de la filigrana.

Finalmente hemos de señalar la presencia de unas curiosas *almejas gigantes* que aunque en Filipinas no tenían una funcionalidad estética a su llegada a España se convirtieron en objetos presentes en la liturgia cristiana. Estos *taclobos* como se les conoce en Filipinas, se utilizan aquí como pilas de agua bendita, y se encuentran en la actualidad repartidas por diversas iglesias de España, como en el Santuario de la Virgen de la Montaña en Cáceres, en la Parroquia de San Vicente Mártir en Vitoria, en Nuestra Señora de Gracia en Granada, Santa María de Carmona y Santa Cruz de Écija entre otras.